

ESCRITORES, PROFESORES Y LITERATURA

Autores de las ponencias llevadas al I Foro Internacional de Reflexión UNEDA para Creadores y Profesores de Literatura, 7 y 8 de marzo de 2000, Instituto Caro y Cuervo. Plaza & Janés Editores; Universidad Nacional de Colombia (Programa Universitario de Investigación en Educación, proyecto: Evaluación Censal de Competencias Básicas); Universidad Javeriana (Fundación Fumino Ito); Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, y UNEDA (Unión de Escritores de América), Bogotá, abril del 2001, 135 págs.

En una coyuntura histórica en la que las llamadas humanidades (estudios y letras humanistas) no son tenidas en cuenta como se debiera en los planes curriculares en todos los ámbitos de la educación, es verdaderamente loable el que, primero, exista una asociación que agrupe a quienes, desde las letras, se inquietan por ello y, segundo, que se organicen eventos de tal naturaleza (ojalá sea el primero de muchos) que, como éste, ya han originado reflexión seria fuera de nuestras fronteras, lo que ha permitido que, por ejemplo, muestren su interés estudiosos extranjeros en la traducción del documento señalado.

Como asistente al evento, allegado a algunos de los ponentes y simpatizante de la causa de todos, intentaré ser lo más objetivo que me sea posible en la reflexión crítica, tal y como lo exige el género de la recensión, señalando sus

innegables e importantes logros pero, también, sus naturales y comprensibles desaciertos.

En el I Foro Internacional de Reflexión UNEDA para Creadores y Profesores de Literatura y en el documento: *Escritores, profesores y literatura*, generado a partir de dicho evento, confluyeron temáticas complejas y voceros diversos.

Tanto por parte de los ponentes representantes de la academia (investigadores, docentes y directivos), como por la de representantes de la literatura (talleristas, traductores y literatos), y aunque la mayoría de ellos ha trasegado entre los dos ámbitos referidos, la principal característica percibida es la diversidad en torno a esos difíciles temas –lo pedagógico y la academia ante el arte y el oficio literarios y/o viceversa–, diversidad en la que hallamos tanto su

potencial como su falencia; diversidad del foro –y, así, de la publicación que resultó de aquel y que suscita esta reseña.

Participaron, en su calidad de Directivos, Cristo Rafael Figueroa (Director de la Maestría en Literatura, Universidad Javeriana), Isaías Peña Gutiérrez (Director del Departamento de Humanidades, Universidad Central), David Mejía Velilla (Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, de la Junta Directiva (UNEDA) y del Consejo Superior, Universidad de La Sabana), Alicia Moyano (Rectora de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca), Jonathan Tittler (Director de la Cátedra Príncipe de Asturias, Universidad Auckland), Bogdan Piotrowski (Director del Departamento de Lengua y Literatura, Universidad de La Sabana), y Cecilia Hernández de Mendoza (Directora del Departamento de Literatura Hispanoamericana, (Instituto Caro y Cuervo, cuya ponencia no ha sido incluida en el texto, desconocemos el motivo), directores todos que han desarrollado actividad literaria como talleristas, traductores, críticos, profesores e, incluso, como autores, en los órdenes nacional y/o internacional.

Juan Carlos Bayona participó como Rector de Colegio (Gimnasio Moderno); Blanca Inés Gómez y Myriam Castillo (Universidad Pedagógica), Alirio Quimbayo y Luis Fernando Burgos (Universidad Nacional de Colombia, Tolima), y Fabio Jurado (Universidad Nacional de Colombia, Bogotá), como catedráticos y profesores de literatura.

También participaron Graciela Mántaras, como crítica literaria, pero en su condición de defensora de la enseñanza de la literatura frente a la Reforma Educativa que en su país, Uruguay, pretendió eliminarla del currículo; y Aurora Arciniegas, escritora y presidenta del Colegio de Traductores de Colombia, y que en ese sentido proyectó su disertación.

La diversidad y sus bondades se presentan, pues, en géneros, nacionalidades, edades, labores y temáticas que van desde la didáctica hasta la ecología y la interdisciplinariedad, pasando por la traducción y la enseñanza de la literatura (si es que ésta es enseñable), bien sea en talleres independientes o en las aulas de las instituciones educativas.

Podemos, en primer lugar, señalar temas importantes de coincidencia hallados en las ponencias de algunos autores, como son los que giran en torno a la mujer y la paz.

Quizá motivados por la ausencia de estudios y análisis de ese tipo –y así algunos nos lo hicieron saber a través de las ponencias mismas–, los autores quieren plasmar esa evidente y tendenciosa ausencia en los contextos machistas, universales y locales, que han marginado a la mujer del oficio literario, para cuya ilustración nos basta con recordar los ejemplos de mujeres que, en la historia de la literatura, debieron asumir seudónimos masculinos para ser reconocidas, sin saberlo la misma sociedad que al tiempo las discriminaba.

En “Literatura y discurso de género: hacia una lectura desde el horizonte femenino de textos escritos por mujeres” (en el que no es claro el compromiso de los profesores con la enseñanza como tal de la literatura), Quimbayo y Burgos hablan incluso de una falocracia, concepto que también esgrime Tittler en “Crítica ecológica y ficción hispanoamericana contemporánea: una muestra”, al referirse a las obras que analiza, muestra representada por la obra de dos autoras (la mexicana Ángeles Mastreta con su obra *Arráncame la vida*, y la colombiana Laura Restrepo con su obra *Dulce compañía*).

Visión reduccionista ésta del falocentrismo que parece redundar en el criterio machista, pues, visto desde la masculinidad o la femineidad,

dad, circunscribe y limita a lo genital la relación de unos seres que en esencia son integrales, y en ese sentido una defensa a ultranza de lo femenino puede resultar contraproducente al evidenciar un machismo ancestral practicado por parte de ambos géneros, lo que quizá, en vez de denunciarlo, lo entroniza.

Quimbayo y Burgos se ocupan de la prolífica obra de Flor Romero, señalándola entre una lista de otras autoras colombianas quienes son las contadas excepciones dentro del “canon literario oficial”, a la vez que citan a Florence Thomas como abanderada de la denuncia de la ausencia de “un espacio y un tiempo para los géneros, para lo femenino” (pág. 76).

En un sentido más tradicionalista, Moyano, en “Literatura: semillero para la paz y la convivencia”, promueve, como ejemplo de instrumento de formación moral, las novelas de Soledad Acosta de Samper (pág. 63), obra y autora que responden, a todas luces, a una coyuntura y a unos intereses ideológicos, y a quien el mismo machismo de la época, atrincherado en la ideología, queriéndola hacer blanco de los ataques a su marido, calumniados, a través de sus opositores, diciendo que también era “escritora a costa de Samper”. Si bien Moyano plantea de manera cierta el compromiso del escritor con la “profunda y urgente reflexión crítica que lo caracteriza”, no deja claro de qué manera se debe asumir dicho compromiso; la literatura, dice; “Muestra al hombre tal como es, sin máscaras ni disfraces, desacraliza, desnuda y desmitifica; por esta razón no asume las características de edificante, pues se desinhibe y señala sin contemplaciones ni velos los traumas y fobias que abaten a la actual sociedad colombiana” (pág. 64), lo que nos genera la duda de, en ese sentido, cómo diferenciar la obra literaria de una telenovela, por ejemplo.

Por su parte, en “La mujer, la paz y la literatura”, Bogdan Piotrowski, desde la axiología

y el análisis literario, específicamente el poético, acude a las palabras mismas de sus poetisas analizadas (Wisława Szymborska, de Polonia; Cécile Cloutier, de Canadá, y Maruja Vieira, de Colombia) nos dice que “Ni a Cloutier, ni a Szymborska, ni tampoco a Vieira, les interesa un movimiento feminista militante que amplíe la aparente mayor posibilidad de acción. El tema de la mujer lo tratan de interpretar de modo antropológico, filosófico, en función de su naturaleza. El valor del ser, el valor de la vida del hombre (varón o mujer) es esencial y a partir de él se desarrollan todos los demás valores [...] el valor del amor en la poesía es probablemente el más presente”. A continuación ejemplifica con poemas o fragmentos de obras de las poetisas y agrega: “Como mujeres no asumen ningún complejo, ni comparten las reivindicaciones feministas porque están convencidas de la validez de todas las dimensiones de ser mujer”, (pág. 133).

Vemos, pues, que los aparentes abismos entre los autores no son más que inquietudes compartidas en torno a unas mismas preocupaciones universales, que cobran esencial vigencia en nuestro tiempo, pero que buscan más los puntos de divergencia que los de confluencia.

Por ejemplo, abismo entre las pragmáticas, intelectuales y técnicas visiones de Peña, Jurado, Figueroa y Gómez-Castillo, y la reposada, idealista, pero preocupada e inquietante disertación de David Mejía Velilla en búsqueda de las humanidades perdidas a través de una retrospectiva histórica que contempla temáticas vitales tales como el saber filosófico, la moral y la contemplación, la lucha contra las tinieblas, prudencia y contemplación, la verdad, el estudio, etc., que tituló “Sobre la enseñanza de las humanidades” y que pareció tocar tangencialmente Mántaras Loedel en “La enseñanza de la literatura en Uruguay” (que también resulta idealísticamente eficiente), al recordarnos la etimología del vocablo *humanitas* con el cual Cicerón tradujo el griego *Paideia* (educación,

pedagogía, cultura), de donde derivan *humanismo* y *humanista*; y nos recuerda en palabras del mismo Cicerón, que “el hombre nace para conocer, actuar [...] *studia humanitatis*. Porque aprender y educarse en la virtud son peculiares del hombre”, (pág. 71)”. Hubo también toda una minuciosa visión histórica en torno a la traducción y el compromiso y las exigencias de quienes la ejercen, de Aurora Arciniegas en “Los traductores, su rol y responsabilidad”.

Y surge la principal inquietud del foro y del documento, latente ya en las palabras de bienvenida al foro por parte de Flor Romero, presidenta de UNEDA: “Muchos se preguntan para qué sirve la literatura. La respuesta es que quizá no sirva para nada. Pero sin ella no vale la pena vivir”, haciendo eco de lo que Mántaras cuenta en su ponencia respecto a un profesor uruguayo, Guido Castillo, “amante de paradojas, [quien] gustaba probar que la utilidad de la literatura reside en que *no sirve para nada*” y recordando a Carlos Real de Azúa, quien apunta: “la diferencia más sutil y más radical entre el hombre y el resto de los animales es que el hombre es el único animal que hace cosas que no sirven para nada”.

Muy importante resulta, entonces, como un paso decisivo y fundamental, la recopilación y exposición argumentada de técnicas, sistemas, métodos, estrategias, propuestas, experiencias, etc., incluso de aquellas que, en su caso particular, han tenido relativo éxito, para la enseñanza de la literatura, bien sea en los talleres literarios o en las aulas de los centros académicos a todo nivel, pero es más importante sustraerlas del tono demagógico que, orbitando en un ideal muy loable pero intangible, parece no querer poner pies en la tierra. Es así como Juan Carlos Bayona, por ejemplo, nos habla de una necesaria didáctica, que no es clara en su aplicación misma en la institución que regenta, como confesó durante el foro; él mismo habla de provocación, concepto que también implica el título de la ponencia de Fabio Jurado: “La literatura como provocación hacia el conocimiento en la educación”, provocación que evidentemente no hemos podido llevar a la práctica en la medida que quisiéramos quienes diariamente debemos afrontar la realidad social y académica que, contextualizada en una postura consumista, se inclina por lo fácil y utilitarista, dejando de lado aquello *que no sirve para nada, pero que nos hace verdaderamente más humanos*. ■

EDILBERTO QUIMBAYA GÓMEZ